

Ecología, filosofía, psicología y economía del Cambio Climático

Elías Capriles

CEAA/ULA

MÉRIDA-VENEZUELA

elicap@cantv.net

Resumen

El cambio climático, síndrome producido por el indivisible entramado de la crisis ecológica que amenaza con poner fin a la vida en el planeta, es el resultado del desarrollo del error llamado *lethe* o *avidya*, y en particular de los cursos que tomó éste en la civilización europea. Su solución no puede limitarse a la sustitución de los combustibles fósiles por otras fuentes de energía (algunas aún más peligrosas), sino que requiere el abandono del ideal del desarrollo y del consumo siempre creciente. Y esto sólo puede ser logrado por medio de una transformación espiritual que restaure nuestra plenitud.

Palabras Clave: Cambio Climático, *lethe* o *avidya*, desarrollo, plenitud, decrecimiento, evolución degenerativa.

Ecology, Philosophy, Psychology and Economy of Climate Change

Abstract

Climate change, a syndrome produced by the indivisible mesh of the current ecological crisis (which threatens our species with extinction), is the outcome of the development of the delusion called *lethe* or *avidya*, and in particular of the peculiar courses of development the latter took in European civilization. Its solution cannot lie in the mere replacement of fossil fuels for alternative energy sources (some of them even more dangerous): it requires giving up the ideal of development and of ever-increasing consumption. And only a spiritual transformation that would restore plenitude could make this possible.

Keywords: Global warming, *lethe* o *avidya*, development, plenitude, ungrowth / degrowth, degenerative evolution.

Recibido: 18-04-2008 / Aceptado: 05-05-2008

Introducción

La “ley de la consecuencia inesperada” –otra forma de llamar la “ley del efecto invertido” o “ley al revés” (Watts, 1959)¹– ha caracterizado al proyecto tecnológico de dominio de la naturaleza. Como lo expresó Thomas Sancton (1989):

La actual relación depredadora de la humanidad con la naturaleza refleja una visión del mundo centrada en el hombre, que se ha ido desarrollando por eras enteras... En muchas sociedades paganas, la tierra era vista como una madre, una fértil dadora de vida. La naturaleza –el cielo, el bosque, el mar– estaba dotada de divinidad, y los mortales estaban subordinados a ella.

La tradición judeocristiana introdujo un concepto radicalmente diferente. La tierra era la creación de un Dios único quien, después de darle forma, ordenó a sus habitantes, en las palabras del Génesis: “Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra y *subyugada*: y tened dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del aire y sobre todas las cosas vivientes que se muevan sobre la tierra”. La idea de dominio podía ser interpretada como una invitación para usar la naturaleza como un útil. Así, la difusión del cristianismo, que en la opinión general preparó el terreno para el desarrollo de la tecnología, pudo al mismo tiempo haber contenido las semillas de la desenfrenada explotación de la naturaleza que a menudo acompañó al progreso técnico.

Esas tendencias fueron combinadas por la noción que abrigó la Ilustración, de un universo mecánico que podía ser moldeado por el hombre para sus propios fines a través de la ciencia. El optimismo exuberante de esa visión del mundo estuvo detrás de algunos de los más grandes logros de los tiempos modernos: la invención de máquinas que ahorran trabajo, el descubrimiento de anestésicos y vacunas, el desarrollo de sistemas eficientes de transporte y comunicación. Pero, cada vez más, la tecnología ha tenido que enfrentar la ley de la consecuencia inesperada. Los avances en el cuidado de la salud alargaron el tiempo de vida y redujeron las tasas de mortalidad infantil, agravando así el problema de la población. El uso de plaguicidas aumentó el rendimiento de los cultivos pero ha contaminado las aguas (de consumo humano y animal). La invención de los automóviles y los aviones jet produjo una revolución en el viajar pero ha ensuciado la atmósfera.

En verdad, decir que la invención de los automóviles y los aviones, aunado a la producción industrial en base a combustibles fósiles, haya ensuciado la atmósfera, no expresa la gravedad de la realidad ecológica. Siempre ha habido gases invernadero en nuestro planeta, y desde tiempos inmemoriales han existido fenómenos como El Niño y La Niña, pues la enorme masa de agua del Pacífico siempre se ha expandido en la época de menor nebulosidad y mayor temperatura al calentarse por la exposición solar, dando lugar a corrientes por medio de las cuales las aguas expandidas se redistribuyen a otras regiones –y, como sucede con el flujo y reflujo de las olas y de las mareas, esto hace que luego se originen corrientes marítimas en el sentido contrario–. Esta redistribución del calor a través de los mares siempre ha dado lugar a fenómenos atmosféricos tales como huracanes, tormentas tropicales, vaguadas, tornados y así sucesivamente.

Ahora bien, el canceroso crecimiento de la producción industrial y del empleo de aquellos productos industriales que funcionan con combustibles fósiles ha incrementado el efecto invernadero de manera radical, potenciando los fenómenos atmosféricos que se producían desde épocas inmemoriales, lo cual ha hecho que actualmente la incidencia de huracanes y otros fenómenos atmosféricos destructivos aumente de año en año. Pero esto no es lo único que ha contribuido al cambio climático, al mismo tiempo que se incrementó la producción industrial en base a combustibles fósiles y el uso de productos industriales que funcionan con esos mismos combustibles, se fueron destruyendo las selvas y bosques que absorben los gases de carbono en la raíz del efecto invernadero –y actualmente se sigue destruyendo aceleradamente el Amazonas, último gran pulmón vegetal del planeta, así como lo que queda de otras selvas y bosques–. Del mismo modo, las tierras recuperadas a las selvas por lo general se destinan a monocultivos con intensiva aplicación de fertilizantes químicos, los cuales aparte de contaminar las aguas y destruir las bacterias que regeneran los nutrientes de los suelos (progresivamente haciendo que estos últimos se agoten hasta finalmente provocar desertificación), emiten N_2O y NO_x , los cuales a su vez exacerban el efecto invernadero.

Por otra parte, la destrucción de la capa de ozono por los clorofluorcarbonados y otras moléculas que se combinan químicamente con el ozono de la ozonósfera ha incrementado gradualmente la incidencia de rayos ultravioleta sobre la superficie del planeta, lo cual

aparte del daño que ocasiona a los animales, incluyendo a los humanos, amenaza con destruir el plancton vegetal que es otro de los grandes absorbedores de gases de carbono y regeneradores de oxígeno, así como la vida vegetal de superficie. Y también nuestros productos químicos tóxicos han ido destruyendo paulatinamente la vida acuática, tanto vegetal como animal, empeorando la situación en lo que respecta a las absorción de gases de carbono. Del mismo modo, la lluvia ácida resultante de la contaminación atmosférica (por los gases de azufre, entre otras fuentes) destruye las plantas y el plancton vegetal, reduciendo aún más lo que siempre ha tenido la función de absorber los gases de carbono y simultáneamente contaminando las aguas.

El incremento de los fenómenos atmosféricos destructivos, que según se prevé será exponencial e irá amenazando poblaciones y regiones cada vez mayores, no es el único efecto del incremento del efecto invernadero. Al derretirse los casquetes polares el nivel del mar aumenta, mientras que al aumentar el calor y disminuir los bosques se reducen las reservas de agua dulce (pues entre otras cosas se funden los glaciares que proporcionan el vital líquido –como está sucediendo en el Tíbet, donde se originan los más grandes ríos de Asia y a través de ellos gran parte del agua de la que depende ese continente– y se reducen las precipitaciones). Sólo como consecuencia del aumento del nivel del mar, sin contar con las sequías y la desertificación consiguiente, se prevé ya la ocurrencia de las mayores migraciones de la historia (*Time*, 2 de enero de 1989, p. 21).

Nuestras fuentes de agua dulce, por otra parte, están cada vez más envenenadas por los químicos tóxicos que industrias y consumidores vierten en ríos y suelos, lo cual hace el problema de las reservas de agua dulce mayor aún, incrementando la amenaza de guerras por el control de las fuentes de agua dulce (entre las cuales algunas de las mayores, como el acuífero Guaraní y ríos como el Amazonas, el Plata, el Orinoco y así sucesivamente, se encuentran en nuestro continente).

Ahora bien, el cambio climático resultante del incremento del efecto invernadero como resultado de la intervención tecnológica humana en la ecosfera no es sino una de las múltiples variables de la crisis ecológica global, en la cual cada variable alimenta a las demás, de modo que si tomásemos en cuenta a todas ellas, obtendríamos un cuadro que haría palidecer lo hasta aquí señalado. En efecto, la contaminación por venenos industriales, la destrucción de la flora y la fauna, y así

sucesivamente, ha incrementado la extinción de especies a tasas comparables a las de las cinco grandes extinciones que ha sufrido el planeta, y amenaza con incrementarla mucho más allá de dichas tasas, al punto de originar serias dudas sobre la viabilidad a largo plazo de la vida en nuestro globo terráqueo. Y la polución química y electromagnética (esta última incluyendo los rayos ultravioleta no filtrados, la radiación provocada por los radiotransmisores, etc., y combinándose con la química en el caso de la radiación nuclear) somete a nuestra especie a presiones cada vez más difíciles de soportar, haciendo aumentar las tasas de incidencia de cáncer y otras enfermedades de manera exponencial. Actualmente, el uso de cultivos transgénicos programados para resistir mayores dosis de plaguicidas, o para producir sus propios plaguicidas, está incrementando aún más la contaminación química de los alimentos y al mismo tiempo está contaminando genéticamente a las especies no transgénicas (como ha ocurrido en México con el maíz) –lo cual no sólo ha creado el peligro de que todas las variedades de una planta se vuelvan tóxicas, sino también de que se pierda la variedad genética y como consecuencia especies claves para nuestra especie corran el riesgo de extinguirse (ya que plagas y enfermedades por lo general afectan a una o unas pocas variedades de una especie, y si la que es afectada es la única existente, la especie puede desaparecer).

El ecosistema es como una telaraña a la que basta con cortarle unos pocos hilos para que pierda su función y se transforme en una masa informe: el mismo posee un nivel umbral de destrucción de especies más allá del cual se hace inviable, ya que como todos sabemos cada especie depende de otras para sobrevivir –las cuales a su vez dependen de otras, en una intrincada red de interdependencias.

1. Las causas del problema

En el marco de la visión degenerativa de la evolución y la historia humanas propia de las enseñanzas dzogchén y prototántricas que alrededor del 1.800 a.C. dictó Shenrab Miwoche al pie del Monte Kailash (de las que se derivaron las doctrinas del bön, taoísmo, shivaísmo, zurvanismo, dionisismo, culto de Osiris, ismaelismo, budismo tántrico, formas de sufismo asociadas al centro de Asia [como los Khajagan], dzogchén budista, etc.), que después de su desaparición en Grecia fue reimportada por Hesíodo, y que luego compartieron Heráclito de Éfeso, cínicos y estoicos (Capriles, 2000, 2003), esto se puede explicar del

siguiente modo: Originalmente habría predominado el orden primordial espontáneamente perfecto, en lo que la Biblia llamó Edén, que los hindúes designaron como *satyayuga* (era de la Verdad) o *kriyayuga* (era de perfección), que en la Persia prearia se denominó Zurván y que en Grecia (a raíz de la reintroducción del concepto desde Persia por Hesíodo) se denominó “edad de oro” –nombre que usarían los estoicos y otros individuos y sistemas de ideas grecorromanos–. En China, los sabios taoístas hicieron referencia a ella como una era en la que imperó el *tao* y se abrazó la autenticidad del tronco no trozado.

En esa era comienza a desarrollarse el error esencial que Heráclito designó como *lethe* y que el Buda Shakyamuni llamó *avidya*, discutido en muchas obras de mi autoría, incluyendo un trabajo anterior en esta revista (Capriles, 2006). Dicho error comprende la dualidad sujeto-objeto, el tipo de mente que la *Gestalttheorie* llamó “figura-fondo”, la comprensión de figuras en términos de conceptos, el tomar los pensamientos discursivos como absolutamente verdaderos o falsos –y es coronado por la falsa impresión de que la dualidad sujeto-objeto, la separación figura-fondo, la comprensión de las figuras en términos de conceptos, y la falsa impresión de que nuestros pensamientos discursivos son absolutamente verdaderos o falsos (entre otras cosas), son inherentes a la estructura misma de la realidad, cuando en verdad son producidas por una percepción delusoria–. Este error nos hace percibir fragmentariamente el continuo indiviso de lo dado y sentir y creer que el mismo no es un continuo, sino un conjunto de fragmentos, y en general nos hace tomar lo relativo como absoluto, lo puesto como dado, lo dependiente como independiente, lo condicionado como incondicionado, lo ilusorio como verdadero, lo fragmentado como completo. Como lo expresa Venkata-Ramanan (1966, pp. 107-108) en su interpretación del *Prajñāparamītaśāstra* que los chinos atribuyen a Nagarjuna:

De lo que se presenta seleccionamos sólo los aspectos de interés para nosotros y desatendemos el resto, volviéndonos primero indiferentes y luego ciegos hacia ello, y en nuestra ceguera afirmamos la completud de los aspectos seleccionados. Los tomamos como absolutos, nos aferramos a ellos como verdad completa... Aunque el análisis intelectual de los distintos aspectos del contenido que se presenta es necesario para una comprensión amplia y comprehensiva, conduciendo a ella, el análisis se aborta si se confunde lo fragmentario con lo completo y se toma lo relativo por lo absoluto.

Es el desarrollo progresivo de dicho error hacia su extremo lógico lo que hace que tenga lugar la sucesión de edades cada vez menos armónicas y más degeneradas. Dicho desarrollo se desenvuelve primero muy lentamente y luego de manera cada vez más rápida hasta que, hacia el final de un ciclo cósmico, el error alcanza un “nivel umbral” en el cual es refutado por sus consecuencias, pudiendo así ser superado.

Según Diógenes Laercio (1972-1979, L, IV, 9), Heráclito de Éfeso habría sostenido la visión circular que nos concierne, afirmando que el mundo surge del fuego y vuelve al fuego según ciclos fijados y por toda la eternidad. Los estoicos, diciendo seguir a Heráclito, difundieron la doctrina grecorromana de eras sucesivas representadas por los metales oro, plata, cobre y hierro, cada uno de ellos menos “noble” que el anterior. En la edad de oro, la naturaleza otorgaba sus frutos a los seres humanos sin que éstos tuvieran que trabajar. En la edad de plata, puesto que los seres humanos ya no eran lo suficientemente virtuosos, disminuyó la fertilidad de la tierra y se hizo necesario que los humanos la trabajasen. En la edad de cobre, los seres humanos comenzaron a ser péfidos y a sucumbir a los vicios, y la tierra se negó a producir a menos que quienes habían de comer sus frutos la cuidasen y cultivasen. Finalmente, en la edad de hierro se desintegraron los últimos vestigios de las virtudes naturales, de modo que los seres humanos se entregaron por completo a toda clase de vicios, se hicieron la guerra y se vieron obligados a regirse por medio de leyes tan injustas y bárbaras como ellos mismos; así pues, la tierra se negó a darles cualquier tipo de alimento a menos que aquéllos lo obtuviesen a costa de duros trabajos y sudores.

Puesto que en la primitiva edad de oro o era de la Verdad la experiencia humana habría estado caracterizada por una absoluta plenitud, el individuo mismo habría sido *valor absoluto* y, en consecuencia, no habría proyectado valor en entes particulares: no habrían existido *Werthehaftete Dinge* (cosas dotadas de valor), ni propiedad (pública o privada), ni forma alguna de divisiones entre los seres humanos. Para los estoicos, en dicha era imperaba plenamente el *lógos* y, en consecuencia, los seres humanos eran todos libres e iguales entre sí y no estaban divididos por fronteras nacionales ni por distinciones de clase, fortuna o alcurnia. La propiedad privada era desconocida, como lo eran también la familia individual, la esclavitud y el Estado en que unos pocos imperan sobre la mayoría. Los bienes de la naturaleza eran disfrutados en forma común por todos los seres humanos, que carecían

de todo sentido de posesión y vivían como verdaderos hermanos, abandonados al flujo natural del *lógos* –y, en consecuencia, sin gobierno o control de tipo dualista.

Antes de la aparición de dioses supramundanos y de la práctica de la agricultura (condición de posibilidad de las ciudades), *todas* las comunidades humanas eran lo que el antropólogo Pierre Clastres llamó “sociedades indivisas”, en las cuales no había ni gobernantes ni gobernados, ni ricos ni pobres, ni propietarios ni no-propietarios. La estructura de la psiquis era tan indivisa como la sociedad, de modo no se sentía que una parte de la sociedad debía dominar a otra, ni que se debía dominar al resto de la naturaleza, ni que el trabajo fuese algo indeseable que debía ser realizado a fin de obtener un fruto “con el sudor de la propia frente”. El trabajo, que habría sido experimentado más bien como un juego, tomaba un mínimo de dos y un posible máximo de cuatro horas diarias, ya que nadie pensaba en acumular riquezas para aumentar el “nivel de vida”.

Según las investigaciones del antropólogo Pierre Clastres (1985, 1974, 1987), las tribus amerindias prehispánicas –a excepción de las que habían devenido en Estados imperialistas, tales como las de incas y aztecas– todavía estaban caracterizadas por una “economía de la abundancia” en la cual las necesidades eran satisfechas con un mínimo de trabajo al día (que era experimentado como juego más que como trabajo) y en la cual nadie aspiraba a obtener más de lo que obtenía: la carencia económica era desconocida y no se deseaba acumular bienes con el engañoso objetivo de “mejorar la vida”. Marshal Sahlins (1974) afirma que la pobreza fue *inventada* por la civilización, mientras que comentaristas ácratas de Clastres tales como el Savater joven (1985/1987) señalan que es un error del marxismo el afirmar que tales comunidades vivían en la indigencia y no habían logrado desarrollar su economía. Aunque la Edad de Oro habría correspondido a las formas originales y más puras del “comunismo primitivo”, a diferencia de lo que creyeron Marx y Engels, y en consonancia con la visión de algunos pensadores ácratas, ese comunismo no habría estado signado por la escasez, sino por una absoluta riqueza.

En el plano de la religión, la visión de los humanos habría sido mágica, monista, horizontal: lo divino estaba en el mundo, que era celebrado y cuidado con veneración, y no en un “más allá”, ni era patrimonio de dioses que estuviesen por encima de los humanos: la

verticalidad y el dominio eran desconocidos. Con la aparición de los dioses y el desarrollo de la agricultura con su imperativo de trabajar duramente muchas horas al día, se completa la ruptura de este estado paradisíaco. Esto resulta en la aparición del mal sobre la tierra: habiendo perdido la visión holista que nos permitía sabernos parte de un todo al cual pertenecían igualmente el resto de los seres humanos, los animales, las plantas y los minerales, y que nos hacía cuidar de la totalidad del universo y de los seres vivientes como de nuestro propio cuerpo, llegamos a identificarnos con un ego separado y limitado, con lo cual surgió y comenzó a desarrollarse el egoísmo. Al fragmentarse la psiquis y la sociedad, aparecieron en ambos planos las relaciones de control y dominio, y surgieron la propiedad privada y el Estado en que unos predominan sobre otros.

Jacques Cauvin (1987) señala con respecto a la formidable transformación artística que marcó la transición del paleolítico al neolítico y del modo de vida de los cazadores, pescadores y recolectores al de los agricultores:

Aunque se sabe que el sentimiento religioso acompaña a la especie humana desde hace mucho tiempo, no es fácil, en cambio, fechar la aparición de los primeros dioses. El arte paleolítico poseía ya un contenido “religioso”, pero parece no tener referencia a dioses. La noción de divinidad se manifiesta por primera vez en el Cercano Oriente en forma de estatuillas femeninas en terracota, en el comienzo mismo de la “revolución neolítica”, un momento muy importante de la historia de la humanidad. Precediendo por poco tiempo a los primeros experimentos agrícolas, esta mutación psíquica podría explicar en parte la formidable transformación del neolítico.

Profundizando en la senda abierta por Leroi-Gourhan (1965), Cauvin (1987, 1998) señala que el predominantemente zoomórfico arte paleolítico francocantábrico y las manifestaciones artísticas del mismo tipo y periodo en el Cercano Oriente, tenían un contenido religioso naturalista y “no teísta” que recuerda el *yin-yang* chino. Este arte expresaba la visión “horizontal” del universo que Dumézil llamó “mágica”: lo sagrado era el mundo mismo y no algo más allá del mundo y por encima de los seres humanos que éstos debieran adorar. La transformación constituida por el “nacimiento de los dioses” no había ocurrido todavía; ella tendría lugar en el Cercano Oriente en el comienzo

mismo del Neolítico. Cuando aparecieron los dioses –comenzando con una figura femenina y un dios-toro– los seres humanos quedaron en una posición de adoración y súplica con respecto a ellos. Cauvin (1987) dice de esta transformación:

El arte refleja allí, aparentemente, un evento de carácter psíquico. Lo sagrado ya no está a nivel del hombre, sino “por encima” de él. Esto se traduce en la creencia en una entidad suprema, que puede tener forma humana o animal, mientras la humanidad de aquí abajo estará en adelante volcada hacia ella por el esfuerzo de la oración, que expresan los brazos elevados hacia el cielo...

No sólo es entonces la Diosa la primera instancia suprema en forma humana –o sea, que el origen y la supremacía del mundo natural es concebido por el hombre, por vez primera, “a su imagen y semejanza”, incluyendo el poder psíquico que expresa la “mirada” de las estatuillas– sino que el plano divino es aquél en el cual los contrarios se juntan y las tensiones se resuelven...

Anteriormente, el plano “divino” era el de la Cognitividad Total en la cual los opuestos coincidían sin entrar en conflicto y en la que los humanos comulgaban: dicho plano se encontraba “aquí”, en el mundo. Los dioses aparecieron cuando el juicio –en alemán *Urteil* o partición originaria– ilusoriamente disgregó esa Cognitividad Total, como consecuencia de lo cual “este plano” perdió su carácter sagrado y paradisíaco y se convirtió en el del conflicto de los opuestos, el cual ya no podía resolverse “aquí”, pues la Cognitividad Total que hace patente la base común de los contrarios que en todo conflicto o tensión se hallan en pugna ya no se desocultaba espontáneamente. Entonces se hizo necesario imaginar un “más allá” en el cual se pudiese proyectar lo sagrado y el paraíso, donde la unión y la armonía de los contrarios sí fuese posible y los conflictos se resolviesen, y que estaría habitado por dioses que, a su vez, podrían ayudar a resolver los problemas de los humanos *en el plano terrenal*.

Esta consumación de la “expulsión del Edén” habría comenzado en el Cercano Oriente con la “neolitización” y se habría extendido gradualmente por el resto del mundo: el “aquí” habría cesado de ser el paraíso, el cual se habría transferido a un “más allá”, y en consecuencia poco después los humanos habrían pasado a cultivar la tierra y criar ganado –lo cual habría dado inicio a una era de trabajo duro y constante

que, según Cauvin, no era en absoluto necesario desde el punto de vista de los recursos—. Las investigaciones de Cauvin, hoy aceptadas universalmente (Autores varios, 2008), mostraron que en la época en que apareció la agricultura, en la región había abundante caza, pesca y vegetales y frutas silvestres para la recolección, refutando las teorías “ecológicas” de los estadounidenses Flannery (1975) y Binford (1988), según las cuales la sobrepoblación y la consiguiente sobreexplotación habría agotado los recursos, lo cual a su vez habría obligado a los habitantes de la región a abandonar el modo de vida de cazadores-pescadores-recolectores y desarrollar la agricultura (la cual exigía muchas horas diarias de trabajo duro en lugar de las dos o tres horas que, en climas favorables, se necesitaban para la caza, pesca y recolección, y ponía una pesada responsabilidad a tiempo completo sobre los hombros humanos), y sugiriendo que las transformaciones materiales en discusión resultaron de una transformación psicológica, gnoseológica y espiritual de nuestra especie (al perder la capacidad de comunión, estar sin hacer nada se hizo insoportable, y se lo evitó trabajando de sol a sol) —aunque, claro está, nuestra estructura mental es inseparable de las relaciones sociales en las que nos desarrollamos, siendo moldeada por ellas en la misma medida en que ella las moldea—. En todo caso, las semillas de la planta del error habrían ya estado germinando en la era de la Verdad o *satyayuga*, y el fin de dicha era representaría el afloramiento de dicha planta.

Antes de la conquista, los habitantes originales de esta tierra de gracia, si bien ya no estaban en el estadio de comunión, en gran medida estaban en un estadio en el que todas sus relaciones eran comunicativas, relacionándose con los fenómenos naturales como si se tratase de sujetos y no de objetos insensibles. Esto, y la sabiduría inherente a un menor grado de la fragmentación perceptiva ilustrada por la fábula de los ciegos con el elefante narrada en un artículo anterior en esta revista (Capriles, 2006), habrían hecho que sus intervenciones en el ecosistema tuviesen un efecto negentrópico: los “hallazgos” de la etnoecología sugieren que en el Amazonas, cuyas tierras son tan poco fértiles, las regiones habitadas por un mayor tiempo exhiben la mayor biodiversidad (Descola, 1996). Por el contrario, en el mundo entero, las regiones habitadas por sociedades “civilizadas” durante un mayor tiempo exhiben la menor biodiversidad, debido a una delusoria rapiña desmesurada: Tom Dale y Vernon Gill Carter (1955) “mostraron” que entre las principales civilizaciones una

buena parte se autodestruyó por la explotación “irracional” de la ecosfera. La modernidad fue mucho más allá y, como ya vimos, nos ha llevado al borde de la autodestrucción.

La tendencia entre los estudiosos del arte “primitivo” es la de negar que en el plano de la creación artística haya habido evolución. Tomando como ejemplo de lo que llamamos “seres humanos primitivos” a los creadores del arte franco-cantábrico, Andreas Lommel (sin fecha), director del museo etnológico de Zurich, escribe:

Existe quien prefiere evitar cualquier especulación (con respecto al desarrollo espiritual de quienes crearon el maravilloso arte “primitivo” franco-cantábrico), puesto que el problema plantea cuestiones insolubles al estudioso de la prehistoria y sobre todo a cualquier persona convencida ingenuamente de la marcha del progreso, pues si el “hombre primitivo” fue capaz de producir obras de arte tan primorosas con sus rudos instrumentos de piedra y hueso, no puede, de ninguna manera, haber sido “primitivo” en el sentido artístico e intelectual, y debe, por el contrario, haber alcanzado un nivel de desarrollo hasta hoy no sobrepasado. Se demuestra así que la evolución artística y mental no se desarrolla paralelamente a los progresos de la civilización material. Aceptar esta hipótesis significaría revolucionar el cuadro del desarrollo humano tal cual lo encaramos, como una progresión más o menos en línea recta.

En efecto, el constante perfeccionamiento del espíritu que suponía la visión moderna de la evolución y de la historia no parece haberse producido en parte alguna.² Por el contrario, la “evidencia” reunida por antropólogos y etnólogos sugiere que en el paleolítico no existían la represión sexual,³ la represión de los niños (Service 1978 p. 81, Briggs 1998 pp. 4-5, Malinowski 1932 p. 17, Kleinfield 1994 p. 153, Liedloff 1989 p. 97, Hewlett 1991, DeMeo 1998, Taylor 2005 pp. 192-194), el dominio masculino sobre las mujeres (Gimbutas, 1982, 1989, 1997; Eisler, 1989, a matizar en base a Radford-Ruether 1992), y el poder político y económico de unos sobre otros (Capriles, 1994), y que todo esto sigue siendo inexistente en buena parte de las sociedades tribales de nuestros días. Aunque dicha evidencia fue descalificada por los “postmodernos” desde que Jacques Derrida (1967) “deconstruyó” a Lévi-Strauss, y aunque comparto la premisa escéptica y “postmoderna” según la cual las observaciones científicas –incluso en el caso de las “ciencias

duras”– no demuestran nada (Capriles, 1994, 2007b, 2007c), para Gregory Bateson (1990; español 1992) las mismas podrían refutar teorías.⁴ Si aceptáramos esto, tendríamos que concluir que en las dos o tres últimas décadas múltiples hallazgos de ciencias como la paleopatología, la etnoecología y la arqueología han refutado la visión de la evolución y la historia como perfeccionamiento y progreso. La primera de dichas ciencias, en sus investigaciones en todo el mundo, *no ha hallado indicios de muertes por violencia ejercida por otros seres humanos antes del 4000 a.C.* (Lochouarn 1993, van der Dennen 1995, DeMeo 1998, Taylor 2005), a excepción de unos pocos sitios en el valle del Nilo *a partir del 12.000 a.C.* –lo cual contradice la imagen popular de los hombres de la edad de piedra dándole garrotazos a las mujeres para llevarlas a su cueva y matándose entre sí por su posesión–. La violencia entre los seres humanos, la represión sexual, la represión hacia los niños, el dominio sobre las mujeres y el poder político y económico de unos sobre otros, parecen haber surgido en el periodo al que se acaba de hacer referencia, originalmente en los desiertos del norte de África y el Medio Oriente, así como en las regiones áridas del Cáucaso, que en su conjunto conforman lo que James DeMeo (1998) llamó Saharasia. A medida que los kurganes (proto-indoeuropeos), semitas y otros pueblos “saharasiáticos” conquistaron el resto de Eurasia y buena parte de África, los vicios que los caracterizaban se generalizaron por dichas regiones (Eisler, 1989; Ceruti y Bocchi, 1994; DeMeo, 1998; Taylor, 2005). Luego se dieron fenómenos semejantes en América, comenzando por los desiertos mesoamericanos y del sur de Norteamérica, y las regiones áridas del Perú.

Todo lo anterior sugiere claramente que los humanos del período preético exhibían en su comportamiento virtudes que en los humanos del período ético han sido remplazadas por los vicios que constituyen sus contrarios –lo cual parece haberse debido a que en el paleolítico el psiquismo humano estaba en gran parte libre de las ilusorias divisiones y contraposiciones en la raíz de los conflictos humanos (lo cual era concomitante con el hecho de que todavía no habían surgido ni el Estado, ni la propiedad privada o colectiva, ni la pareja exclusivista en la cual cada parte posee a la otra y ambas poseen a los hijos), conservando una condición similar a la del bíblico “Paraíso terrenal”, la “edad de oro” grecorromana o la “era de perfección” (*krityayuga*) o “era de la Verdad” (*satyayuga*) India–. Una vez que apareció la agresión contra el resto de los seres humanos y de la ecosfera, ella se generalizó y agudizó hasta

provocar la crisis ecológica que, según muchos científicos, si no se le pone coto podría ocasionar la desintegración de la sociedad humana antes de la mitad del presente siglo. Como he señalado (1994, etc.), esta crisis representa la reducción al absurdo empírica del estado mental que provocó los males aquí reseñados, demostrando que el mismo adolece de un error que hace que no sea funcional, y exigiendo su superación –de la cual dependen la continuidad de la vida en el planeta y la restauración del orden primordial.

Fue en Europa que se originó el proyecto moderno de dominio de la naturaleza. Ello fue el resultado de: (1) el dominio indoeuropeo; (2) la implantación de una religión que, a pesar de haber promovido originalmente la comunión, luego adoptó el Antiguo Testamento con sus valores basados en el dominio y la venganza (el ojo por ojo); (3) la asimilación de la visión órfica indoeuropea de los pitagóricos y Platón, tanto o más antisomática que el Antiguo Testamento, pero a diferencia de éste, científicista y promotora de tecnología. En efecto, a pesar del imperativo bíblico que nos insta a subyugar la tierra y las cosas vivientes que se muevan sobre ella, en una primera etapa el predominio del cristianismo en Europa frenó el desarrollo científico-tecnológico que ya en la antigua Grecia había impulsado el pitagorismo. El Renacimiento, como redescubrimiento y asimilación de lo griego, vio la asimilación de los vicios del pitagorismo y el platonismo: aunque las ciencias inicialmente habían asimilado los principios del aristotelismo, como lo muestra Koyré (1977), los científicos que desarrollaron la visión y el proyecto que produjeron el Gólem tecnológico (en especial Galileo, quien circunscribió la ciencia a lo cuantificable [Capra, 1988, p. 133; Capra, 1996, p. 39], y Kepler) remplazaron el aristotelismo por el platonismo –y por el pitagorismo, fuente del platonismo, como lo evidencia en Kepler su reducción del universo a números en los cuales, según él, estaba Dios (en la introducción del *Mysterium Cosmographicum*, Kepler mezcla a Platón y Pitágoras al escribir: “Las ideas de las cantidades han estado en Dios por la eternidad; ellas son Dios mismo”).

Siguiendo los pasos de Prometeo, Sísifo, Tántalo, el Dr. Fausto y los fabricantes del Gólem, la civilización europea desarrolló lo que Gregory Bateson (1968) llamó “propósito consciente contra la naturaleza”. Éste ha destruido el circuito del que el arco es parte: prendiéndole fuego al árbol frente a nosotros, hemos incendiado el bosque en el que nos hayamos y así estamos a punto de ocasionar nuestra propia destrucción.

2. La solución del problema: Falsas soluciones y verdadera solución

Las falsas soluciones para el cambio climático se circunscriben al reemplazo de los combustibles fósiles por otras fuentes de energía. Sin embargo, las alternativas en boga no son menos peligrosas; en muchos casos, pueden serlo en una medida mucho mayor. La falsa solución a primera vista menos peligrosa es la de los biocombustibles; sin embargo, para su producción hay que emplear grandes cantidades de alimentos, lo cual ya ha provocado una escalada inflacionaria que amenaza con multiplicar la desnutrición y llevar a los sectores más pobres de la especie a su extinción. Otra seudolución en boga es la producción de electricidad por fusión nuclear, la cual, como señalé en un trabajo anterior en esta revista (Capriles, 2006), implica incrementar la producción de sustancias radiactivas que en las más ínfimas dosis son poderosos cancerígenos y en mayores cantidades pueden borrar los códigos genéticos de los seres vivos, y algunas de las cuales –como el plutonio, producto de la fisión nuclear que con anterioridad no existía en la naturaleza– permanecen activas hasta por cientos de miles de años. Como se señaló en dicho trabajo, durante la producción, el transporte y el almacenamiento del plutonio inevitablemente algo se cuela al medio ambiente, habiéndose estimado que si la industria estadounidense pudiese aislar del medio ambiente dicha sustancia con una efectividad del 99,99% –lo cual constituiría un milagro tecnológico– esa industria sería responsable, sólo en los EE. UU., por 500.000 casos fatales de cáncer pulmonar al año a partir del año 2.020, incrementando la tasa de mortalidad en un 25% (Nader y Abbotts, 1977; Capra, 1982). Por último tenemos la propuesta rusa “Tierra Blanca,” que busca sacarle provecho económico a los desechos radiactivos ex-soviéticos usándolos para generar energía por medio de la fisión –la cual podría ser más peligrosa que la fusión, pues el producto que se emplea para generarla es el plutonio, y se conoce menos acerca de ella y de los reactores correspondientes que acerca de la fusión.

En efecto, aunque el agotamiento de los recursos y la fatal contaminación de los sistemas que mantienen la vida impiden el aumento sostenido de la producción de bienes y servicios a nivel mundial, y aunque las políticas impuestas por el Primer Mundo a fin de mantener su crecimiento económico ha ocasionado la progresiva pauperización del Tercer Mundo, los economistas del *Establishment* y los medios de

difusión de masas pretenden hacernos creer que el Tercer Mundo podrá “desarrollarse” y aumentar su nivel de vida hasta alcanzar los niveles del Primer Mundo. Así pretenden inducirnos a ignorar que, incluso si las políticas del Primer Mundo no estuviesen dirigidas a la conservación y exacerbación de los privilegios económicos de los grupos de interés en los Estados más poderosos, nos destruiríamos mucho antes de que todos pudiésemos alcanzar niveles de vida varias veces más bajos que el promedio en los EE. UU. Así nos hacen seguir persiguiendo la inalcanzable zanahoria del desarrollo para poder seguir explotándonos y conservar sus privilegios por un poco más de tiempo, a expensas del sufrimiento y la destrucción de la gran mayoría de la humanidad y de su propio sufrimiento y final destrucción –pues los altos niveles de vida que han alcanzado no compensan la angustia, la insatisfacción y el desasosiego del modo de vida moderno, ni justifican la condena de sus propios descendientes al exterminio.⁵

Algo similar sucede con la teoría económica que se enseña en las universidades: ella es un arma de los intereses económicos de grupos privilegiados y no una “ciencia objetiva”. Como ha señalado Joan Robinson (1962):

La economía cojea hacia adelante con un pie sobre hipótesis no comprobadas y el otro sobre slogans improbables. La característica principal de la ideología que domina a nuestra sociedad hoy es su extremada confusión. Comprenderla sólo quiere decir revelar sus contradicciones.

El Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas –el PDNU o, en inglés, UNDP– ha pretendido cuantificar la “calidad de la vida” con el “Índice de Desarrollo Humano” (IDH), que se calcula combinando el poder medio de compra o “ingreso medio real” con la esperanza media de vida y el índice de adultos capaces de leer y escribir. Ahora bien, aunque esto nos diga mucho más acerca de la riqueza material de los ciudadanos de una nación que el PNB *per capita* y de que, en general, el IDH “tenga un rostro más humano” que el PNB, debemos reconocer que el llamado IDH sigue teniendo poco que ver con la calidad de la vida, que no depende ni del poder de compra de los ciudadanos, ni de la esperanza de vida, ni del índice de alfabetización. Mucho más importante que el poder de compra y la esperanza de vida es el grado de bienestar de que el individuo pueda disfrutar durante el lapso de su existencia,

que si bien tiene alguna relación con su poder de compra, tiene una relación mucho más directa con el medio ambiente –físico, cultural, emocional e intelectual– en el que tiene que vivir, y sobre todo con su propio estado psicológico. Si la existencia del individuo es miserable, éste no estará interesado en prolongarla tanto como sea posible.

El Primer Mundo ha propuesto además incluir la cuantificación de la libertad de prensa o de los sistemas políticos en el cálculo del IDH a fin de imponer su versión distorsionada de “democracia” al Tercer Mundo y seguir generando en éste expectativas que les permitan seguir dominándolo y explotándolo. El IDH, que tiene muy poco que ver con la calidad de la vida que pretende cuantificar, podría muy bien sustituir al PNB como zanahoria inalcanzable para lograr que el Tercer Mundo permanezca en la calle ciega del desarrollismo y el liberalismo económico y político, de modo que no se salga de los engranajes de la economía mundial y el Primer Mundo pueda seguir manteniendo sus altos niveles de riqueza material gracias a la explotación de que lo hace objeto.

La verdadera solución al problema tiene que tener al menos una triple vertiente: la tecnológica, la socioeconómico-política y la espiritual. La primera comprendería el reemplazo de combustibles fósiles por diversos modos de “energía solar”, que incluyen los paneles fotovoltaicos, los molinos para producir energía eólica (pues los vientos son producidos por la radiación solar) y la hidroelectricidad obtenida de los ríos, siempre que se la obtenga de maneras y en dimensiones que no perjudiquen el ambiente (pues es el sol el que produce la evaporación de las aguas que al condensarse son fuente de los ríos); por la energía gravitatoria lunar (empleo de las mareas para generar electricidad), y por la energía geotérmica, entre otros métodos. En el plano agrícola, habría que eliminar transgénicos y monocultivos, pasando gradualmente al cultivo orgánico: se comenzaría con la preparación conservacionista de los campos y la incorporación de cultivos de cobertura⁶ y absorbedores de nitrato⁷ en el ciclo de rotación, para luego poder prescindir de fertilizantes y plaguicidas químicos. En la producción cárnica, se eliminaría el empleo de grandes cantidades de proteína de soja y de otros alimentos para la producción de pequeñas cantidades de proteína animal, y se alimentaría el ganado sólo de pastos y otros alimentos inútiles para los humanos (cf. Moore-Lappé [1971], Moore-Lappé y Collins [1977a y 1977b], Moore-Lappé, Collins y Rosset con Esparza [1998]). Ahora bien, a la larga la sabiduría transformaría radicalmente la tecnología, haciéndola “suave”

e integrándola con la naturaleza, de modo que facilitara las tareas de supervivencia de los seres humanos en vez de destruirnos –lo cual correspondería más o menos a lo que previó Herbert Marcuse (1972, p. 61.).

La segunda implica la superación de las marcadas desigualdades en consumo y contaminación entre los países de mayor producto y los de menor producto *per capita*, así como entre ricos y pobres en cada país, de modo que se logre una relativa igualdad de consumo y una reducción de la contaminación que tienda a igualarla por abajo y a la larga la minimice. Igualmente, tendría que implicar el traslado de una buena parte de los medios de producción del Norte al Sur y la reconversión ecológica de los mismos.

Puesto que parte de la causa del problema es el sobreconsumo de los más ricos, es imperativo reducir nuestros apetitos energéticos, frenar las aspiraciones al consumo siempre creciente, e implementar políticas del decrecimiento en los países de mayor producción y consumo (Georgescu-Roegen [Dulbecco, P. y Garroustedans, P., 2005], Weisskopf [1971]; Illich [1972, 1977]; Dupuy, Acevedo y Robert [1979]; M. Mollat [1978]; Latouche [1986, 2006]; L. Yapa [1996]; Edgar Morin [2002]; Besson-Girard [2005]; De Benoist [2007]; M. Rahnema [2007]). En efecto, a fin de sobrevivir, nuestra especie habrá de abandonar el criterio cuantificador impuesto por Galileo y, al mismo tiempo, poner fin a la desigualdad, el despilfarro y el crecimiento sostenido, logrando igualdad socioeconómica, frugalidad y estabilidad social. Aunque, como ya se señaló, para poner fin a la miseria debemos redistribuir los medios de producción en miras a lograr una relativa igualdad entre el Norte y el Sur y entre los ciudadanos de cada nación –y, finalmente, acabar con la propiedad como institución–, es indispensable que podamos alcanzar la plenitud en la frugalidad.

Ahora bien, esto sólo se haría posible por medio de una transformación de la conciencia: ésta sería la tercera de las vertientes de la solución, aunque en verdad sería la primera, ya que como mostré en un trabajo previo en esta revista (Capriles, 2007b) y en otros escritos (incluyendo Capriles, 1994), la causa de la crisis actual es el error o la delusión que ha sido llamado *avidya* y *lethe*, y sólo si se lo erradica podremos sobrevivir y ver una nueva era de plenitud y armonía.

Tenemos, pues, que la situación actual representa la reducción al absurdo tanto del capitalismo que se declara como tal, como de los capitalismo de Estado marxistas del siglo XX, y del economicismo

implícito en Marx y Engels y explícito en la doctrina marxista de los partidos comunistas. La supervivencia de nuestra especie y la transición a una Nueva Era de comunión, armonía y plenitud sólo será posible si se abandona el economicismo, no importa su signo (de derecha o de izquierda) y se abrazan nuevos ideales y conceptos que nos permitan superar la concepción de la riqueza como cantidad de bienes, intercambios y servicios. En efecto, no es posible cuantificar la calidad de la vida, pues la calidad no puede reducirse a la cantidad.

Ya Iván Illich (1971, 1978) desmontó el mito de que la riqueza y la pobreza eran cuantificables, y de que lo cuantificable tenga que ver con la felicidad y la plenitud de los seres, y se concentró en la riqueza y la pobreza existenciales, que consistían en una innegable pero incuantificable vivencia subjetiva de plenitud o de carencia. En el Bután, que hasta hace muy poco no estuvo expuesto a la creación artificial de carencias por los medios de difusión de masas, probablemente la población sea existencialmente mucho más rica que en los países del Primer Mundo, aunque en éstos el PNB *per capita* sea unas 200 veces mayor que en el Bután (lo cual, dicho sea de paso, se debe a que allí predomina el trueque, pues el número de cabezas de ganado y los volúmenes de producción agrícola *per capita* están entre los más elevados de Asia): en ese país se habla de sustituir el concepto de producto nacional bruto por el de felicidad nacional bruta. Es por ello que el físico y activista ecológico Fritjof Capra (1982) escribe:

La reforma de la economía no es una tarea meramente intelectual, sino algo que implicará cambios profundos en nuestro sistema de valores. La idea misma de riqueza, que es central en la economía, está ligada inseparablemente a las expectativas, los valores y los estilos de vida humanos. Definir la riqueza dentro de un marco ecológico significará trascender sus connotaciones actuales de acumulación material y darle el sentido más amplio de enriquecimiento humano. Tal noción de riqueza, junto con la de “ganancia” y otros conceptos relacionados, no podrá ser sometida a una rigurosa cuantificación, y por ende los economistas ya no serán capaces de tratar con valores en términos exclusivamente monetarios. En efecto, nuestros problemas económicos actuales hacen bastante evidente que el puro dinero ya no proporciona un sistema de medición adecuado.

A su vez, en *Alienation and Economics*, Walter Weisskopf (1971) nos dice: “Las dimensiones cruciales de la escasez en la vida humana no son económicas sino existenciales”.

Dominique Méda (1999) va más allá, refiriéndose despectivamente a quienes “todavía osan emplear el término ‘riqueza’” y señalando que “el crecimiento se ha vuelto el becerro de oro moderno”. En efecto, la cuantificación monetaria como criterio absoluto en economía sólo puede parecer útil a los capitalistas que persisten en amasar enormes fortunas a costa de la pauperización del resto de la humanidad e incluso de su propia supervivencia –o, cuando menos, de la de sus descendientes–. Dicho criterio se desarrolla interdependientemente con la acumulación exagerada de riqueza por unos pocos y la pauperización de la gran mayoría de nuestros congéneres. (Refiero a Capriles [2005] para una discusión de las enormes desigualdades que caracterizan a las sociedades de nuestros días y de la explotación de la cual los países del Primer Mundo han hecho objeto al Tercer Mundo.)

Cuando el lama tibetano Sakya Pandita visitó al Emperador de China, éste le preguntó quién era el hombre más rico del Tíbet, y el lama le respondió con el nombre de un yogui que vivía desnudo en una cueva en las montañas, cuya única posesión era un poco de harina de cebada tostada: habiendo superado la sensación de separatividad, el yogui (era) la plenitud del continuo universal, que constituye el valor absoluto. Fue por esto que, cuando uno de sus discípulos intentó “comprar” una enseñanza con varias onzas de polvo de oro, otro famoso maestro espiritual tibetano echó el polvo de oro al viento sobre un río exclamando: “¿para qué quiero oro, si el mundo entero es oro para mí? El Maestro Eckhart (1980), por su parte, dijo que el impulso que le permitía penetrar el absoluto lo hacía “tan rico que Dios no era suficiente para él”. A su vez, Padmasambhava de Öddiyana afirmó que (en Tsogyal, 1979):

“El ser humano no es satisfecho por la cantidad de comida, sino por la ausencia de ansia y voracidad”.

Mientras que, en la misma vena, el *Huainanzi* nos transmite la siguiente serie de aforismos y admoniciones (Maestros de Huainan, 1992, pp. 30, 32, 33 y 44.):

Existe algo de importancia capital en el mundo, pero no es el poder o el “estatus”.⁸ Existe una fortuna inmensa, pero no consiste en oro o joyas. Existe una vida plena, pero no se mide en años.

Cuando observas el origen de la mente y vuelves a su naturaleza esencial, ello es lo importante. Cuando te sientes a gusto con tus sentimientos, entonces eres rico. Cuando entiendes la división entre la vida y la muerte, tu vida es entonces completa.

Una nación desordenada parece llena; una nación en orden parece vacía. Una nación moribunda sufre penuria; una nación que sobrevive goza de sobreabundancia. (Que la nación parezca) vacía no significa que no haya gente, sino que todos mantienen su trabajo; (que parezca llena) no significa que haya mucha gente, sino que todos persiguen trivialidades. Gozar de sobreabundancia no significa tener muchas posesiones, sino que los deseos son moderados y los asuntos mínimos. Penuria no significa que no haya productos, sino que la gente es impulsiva y sus gastos excesivos.

La leña no se vende en los bosques y los peces no se venden junto a un lago, pues hay abundancia de ellos. Del mismo modo, cuando hay plenitud el deseo disminuye, y cuando los apetitos son mínimos finalizan las discusiones.

Mejor que prohibir la ambición, es que no haya nada que desear; mejor que prohibir la disputa, es que no haya nada que usurpar.

El absurdo de la economía actual es tan extremo que se presta a la burla que hizo Alan Watts de la “Gran Depresión” que comenzó en 1929. Watts (1971) señala que antes de que reventara la depresión, había “una economía floreciente basada en el consumo” y, de repente, al día siguiente aparecieron la pobreza, el desempleo y las colas frente a las panaderías. Los recursos físicos del país –cerebros, músculos, materias primas– eran los mismos pero, repentinamente, se había producido una situación de escasez de dinero, un “colapso financiero”. La burlona exageración que hace Watts (español 1971)⁹ es apta para mostrar el absurdo de la economía imperante:

...todo ocurrió como si el día de la depresión se hubiera presentado un albañil a su trabajo y el capataz le hubiera dicho: “lo siento, muchacho, pero hoy no podemos trabajar. No hay centímetros”. “¿Qué significa que no hay centímetros? –replicará el albañil–. Tenemos madera y metal y todo lo que hace falta”. “Sí, claro, pero tu no entiendes de eso. Hemos gastado demasiados centímetros y ahora se nos han terminado”.

A fin de sobrevivir y alcanzar la plenitud, habremos de liberarnos de los criterios económicos imperantes y, dejando de preocuparnos por la producción de excedentes y por la satisfacción de las falsas necesidades que nos imponía el absurdo sistema capitalista, restituir la armonía primordial, superando todas las etapas anteriores de la evolución degenerativa y la historia humanas junto con los grados y tipos de error propios de cada una de ellas. Las complejas sociedades actuales se remplazarían por una red de comunidades estables –o sea, sin interacción acumulativa¹⁰ o cismagénesis¹¹– organizadas en base a valores comunitarios y cooperativistas, en las cuales los seres humanos se dedicarían por encima de todo a la recuperación de la plenitud de su condición original, que constituye la verdadera riqueza.

Notas

¹ Esta “ley del esfuerzo invertido” o “ley al revés” caracteriza a muchos de los actos realizados bajo el error que el Buda llamó *avidya* y que Heráclito designó como *lethe*. Para una discusión de dicha ley cf. Capriles (1990, 2000, 2001, 2003, 2007c vol. II).

² Como lo señala la obra de Time & Life *The Library of Curious & Unusual Facts*, en Europa se realizaba la cirugía del cerebro hace muchos miles de años, y el 80% de los pacientes sobrevivía.

³ Hay mucha evidencia de esto entre los autores citados con respecto a la ausencia de represión hacia los niños, pero además entre muchos otros autores. Lawlord (1991) nos la ofrece con respecto a los aborígenes australianos. Y si bien un antropólogo australiano trató de demostrar que Margaret Mead (1960) había falseado los hechos al describir a Samoa como un paraíso de la libertad sexual, las observaciones de este último tuvieron lugar cuando la afluencia de extranjeros había modificado totalmente las actitudes de los nativos en distintos campos (un cambio que yo pude observar en otros respectos entre los refugiados tibetanos en Nepal: cuando llegué a ese país en 1973 todos los tibetanos con quienes me cruzaba me saludaban con signos tradicionales de respeto mientras sonreían y me dispensaban las miradas más luminosas que recuerdo; pocos años después esto ya no sucedía, y en cambio se observaban ya conductas bochornosas.

Uno de los ejemplos más notables de libertad sexual y ausencia de represión hacia los niños es los dormitorios de niños entre los Trobriandeses y los Muria, en los cuales estaba prohibida la entrada de los adultos y en los cuales los niños podían escoger distintas parejas para relaciones sexuales sin interferencia paterna (Taylor, 2005, p. 193); lo más interesante de esto es que los anticonceptivos naturales que usaban los Muria eran tan efectivos que mucho menos de 2% de las niñas habían salido en estado a los 16 años,

después de pasar un buen número de años en dichos dormitorios (Elwin, 1968). Esto sugiere que las transformaciones negativas de nuestra especie a lo largo de su desarrollo filogenético no se debieron a la presión demográfica; ¿es esta última el resultado del abandono de los anticonceptivos naturales por influencia de las religiones de los pueblos que DeMeo llama “saharasiáticos”?

- ⁴ Esto fue ya reconocido por Karl R. Popper (1961), el “crítico del círculo de Viena” que estuvo en tan estrecho contacto con los neopositivistas, quien propuso que de nuestros postulados extraigamos todas las consecuencias que nos sea posible extraer y entonces las confrontemos con la experiencia. En caso de que en ningún caso la contradiga, ello no habría confirmado el postulado como una verdad universal incuestionable, ya que no sería posible confrontar *todas* las consecuencias de nuestro postulado con *todos* los casos posibles (en cuyo caso para Popper los científicos tendrán derecho a aceptarlo *provisionalmente* como *verdad probable*, lo cual, sin embargo, actualmente muchos “postmodernos” no aceptarían). Ahora bien, en caso de que alguna consecuencia sea contradicha por alguno de los casos, el postulado habrá sido refutado de manera incuestionable. (Popper rechazó el esencialismo de la filosofía racionalista de la ciencia, que supone que el objeto de la investigación es un conocimiento completo y final de la esencia de las cosas, señalando que ninguna teoría científica puede ser substanciada completamente y que la aceptación de una nueva teoría da lugar a tantos problemas como los que resuelve –lo cual nos conduce a las investigaciones de Thomas Kuhn y, más allá de éstas, a las teorías de Paul. K. Feyerabend–. Para una discusión de todo esto, cfr. Capriles, 1994, 2007a, 2007c vol. III.)
- ⁵ Los valores actuales están diseñados para estimular la competencia entre la gente, las empresas, las naciones y los sistemas, cuando es la competitividad lo que está destruyendo al mundo. ¿Por qué se valora a la escuela y al deporte? Porque ambos enseñan a los niños a funcionar dentro de las relaciones de competición que les permitirán, en la edad adulta, servir efectivamente al sistema. A pocos les importa que ello acelere la destrucción del planeta.
- ⁶ Cobertura vegetal viva que cubre el suelo, que es temporal o permanente, que es cultivada en asociación con otras plantas (intercalado, en relevo o en rotación), y que tiene la función de prevenir la erosión del suelo y proporcionar abono “verde”. Aunque los cultivos de cobertura pueden pertenecer a cualquier familia de plantas, la mayoría son leguminosas que mejoran la fertilidad de los suelos por medio de la fijación biológica del nitrógeno; entre ellos se destacan la avena negra (*avena strigosa*), la avena amarilla (*avena byzantina*), el *raphinus sativus* (var. *oleiferus*) y el balico, césped inglés o raigrás italiano (*lolium perenne* ó *lolium multiflorum*). Ellos incluyen también las especies de hierba que se siembran entre los cultivos principales a fin de incrementar la reserva de carbono orgánico de los suelos.
- ⁷ Los cultivos absorbedores de nitrato minimizan el lavado de los nitratos presentes en los suelos, y entre ellos los que se cultivan simultáneamente con el cultivo

principal y se mantienen después de la cosecha son más eficientes que los que se siembran después de la cosecha. Varias especies de gramíneas y crucíferas son absorbedores de nitrógeno y producen residuos “biosólidos” que se mezclan con estiércol para usarlos como fertilizantes.

- ⁸ Así es la traducción española publicada por la editorial Los libros de la liebre de marzo.
- ⁹ El original del ensayo “Riqueza contra dinero” apareció en *Playboy Magazine*, y fue reproducido luego en el libro de Playboy *Project Survival*. Más tarde fue publicado en el libro *Does It Matter? Essays on Man's Relation to Materiality*, del cual el libro citado es la traducción española
- ¹⁰ Secuencias de interacción en las cuales la actividad de una de las partes provoca un aumento en la actividad de la otra, el cual induce un aumento en la actividad de la primera, el cual a su vez produce un incremento en la de la segunda, y así sucesivamente, en una secuencia que hace aumentar la tensión en busca de una relajación total de la misma, una explosión, un agotamiento, un orgasmo o una muerte que pongan fin a la tensión. Ver Bateson (1972): Bali: The Value System of a Steady State.
- ¹¹ Génesis y desarrollo de cismas y conflictos sociales. Ver Bateson (1972): Bali: The Value System of a Steady State.

Referencias

- Autores varios (2008). Dossier. París: *Sciences et Avenir*, enero de 2008, pp. 44-61.
- Bateson, G. (1972). Bali: The value system of a steady state. En Bateson, G. (1972). *Steps to an ecology of mind*. Nueva York, NY, EE.UU.: Ballantine Books.
- Bateson, G. (1990; español 1982). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu editores S. A.
- Besson-Girard, J.C. (2005). *Decrescendo cantabile: Petit manuel pour une décroissance harmonique*. París: Parangon.
- Binford, L. R. (1988). *En busca del pasado*. Barcelona, España: Crítica.
- Bocchi, G. y Ceruti, M. (1994). *El sentido de la historia*. Madrid: Ed. Debate, colección Pensamiento. (Ed. original 1993: *Origini di storie*.)
- Briggs, J. L. (1970). *Never in anger*. Cambridge, MA, EE.UU.: Harvard University Press.
- Cappelletti, A. J. (1972). *Los fragmentos de Heráclito*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo.
- Capra, F. (1982). *The turning point*. Nueva York: Bantam New Age Books.
- _____. (1988). *Uncommon wisdom*. New York, NY: Simon & Schuster.

- Capriles, E. (1990). *The source of danger is fear. Paradoxes of the realm of delusion and instructions for the practice of the Dzogchen Upadesha*. Mérida: Editorial Reflejos.
- _____. (1994). *Individuo, sociedad, ecosistema: Ensayos sobre filosofía, política y mística*. Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.
- _____. (2000a). *Budismo y dzogchén*. Vitoria, Euskadi, España: Edic. La Llave.
- _____. (2001). The Meaning of self-liberation and loops from *The source of danger is fear*. Honolulu, HI: *The International Journal of Transpersonal Studies*, 20.
- _____. (versión provisional 2003). *Buddhism and Dzogchen: Volume one: Buddhism: A Dzogchen outlook*. Mérida, Venezuela: <http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/> y Moscú, Rusia: <http://www.eliascapriles.dzogchen.ru/>
- _____. (2005). Globalización desde arriba, globalización desde abajo. En Capriles, E. y Lucena, H. (compiladores) (2005). *Globalización y cultura: Crisis económica, dependencia e identidades*. Mérida: Fundación África-Asia de Venezuela / DIGECEX-ULA.
- _____. (2006). El proyecto nuclear de Venezuela, el “derecho” de Irán a la energía nuclear, y la contraposición de dos tipos de religiosidad. Mérida, Venezuela: *Humania del Sur*, 1:1, pp. 99-126.
- _____. (2007a). Hacia el ecomunismo: Una respuesta mítica a algunos problemas del marxismo. San Salvador: *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 112, abril-junio 2007 (Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”).
- _____. (2007b). ¿El ecosocialismo como vía hacia el ecomunismo? Una propuesta pragmática. Mérida, Venezuela: *Humania del Sur*, 2:1, pp. 85-125.
- _____. (2007c). *Beyond being, beyond mind, beyond history: A Dzogchen founded meta-transpersonal philosophy and psychology*. (versión provisional). Mérida, Venezuela: <http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/> y Moscú, Rusia: <http://www.eliascapriles.dzogchen.ru/>
- Cauvin, J. (1987). L'apparition des premières divinités. París: *La Recherche*: 195 (diciembre de 1987).
- _____. (1998). *Naissance des divinités, naissance de l'agriculture*. París: Flammarion.
- Clastres, P. (1985). *Chronique des Indiens Guayaki: Ce que savent les Aché, chasseurs nomades du Paraguay* (Ed. original 1972). Paris: Plon, Terre humaine.
- _____. (1974). *La société contre l'état: Recherches d'anthropologie politique*. Paris: Les Éditions de Minuit.

- _____. (1987). La economía de la abundancia en la sociedad indivisa (publicado originalmente como prefacio a la obra *Stone Age Economics* de Marshall Sahlins) México: suplemento a *Testimonios*, N° 4, octubre de 1987 (reproducido de: Buenos Aires: ediciones Antropos, Suplemento a *Aletheya*, 6, 1985).
- Derrida, J. (1967). *La voix et le phenomene. Introduction au problème du signe dans la phénoménologie de Husserl*. París: Presses Universitaires de France.
- De Benoist, A. (2007). *Demain, la décroissance! Penser l'écologie jusqu'au bout*. París: Éditions Édite.
- DeMeo, J. (1998). *Saharasia*. Ashland, OR, EE.UU.: Natural Energy Works (Orgone Biophysical Research Lab). (A matizar con Capriles, 2007c, especialmente vol. III.)
- Descola, P. (1996). Les cosmologies des Indiens d'Amazonie. Comme pour leurs frères du nord, la nature est une construction sociale. París: *La Recherche*, No. 292, noviembre de 1996, pp. 62-7.
- Diogenes Laërtius (1972-1979). *Lives of eminent philosophers. With an English translation by R.D.Hicks* (2 vols). Cambridge, Mass: Harvard University Press, Loeb Classical Library.
- Dulbecco, P. y Garroustedans, P. (2005). Nicholas Georgescu-Roegen ou l'invention de la bioéconomie. En *Problèmes économiques*, enero 2005, pp. 41-48.
- Dupuy, J.-P., Acevedo, H. y Robert, J. (1979). *La traición de la opulencia*. Barcelona, España: Gedisa.
- Eckhart, Meister (Maestro) (1980). *Obras escogidas*. Barcelona, España: Visión Libros.
- Eisler, R. (1989). *El cáliz y la espada*. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos. (Ed. original 1987).
- Elwin, V. (1968). *The kingdom of the young*. Bombay, India: Oxford University Press.
- Flannery, K. (1975). *La evolución cultural de las civilizaciones*. Barcelona, España: Cuadernos Anagrama. (Original en inglés 1972.)
- Gimbutas, M. (1989). *Il linguaggio della dea. Mito e Culto della dea madre nell' Europa neolitica*. Milán: Longanesi.
- Gimbutas, M. (1982). *Goddesses and gods of old Europe, 7000 to 3500 B. C.: Myths, legends, and cult images*. Berkeley, CA, EE.UU.: University of California Press.
- _____. (1997). *The living goddesses*. Berkeley, CA, EE.UU.: University of California Press.
- Hewlett, B. S. (1991). *Intimate fathers: The nature and context of Aka pigmy paternal infant care*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- Illich, I. (1971). *Deschooling society*. Nueva York, Harper & Row.

- _____. (1978). *Toward a history of needs*. Nueva York, NY, EE.UU.: Pantheon Books.
- Kepler, J. (1992). *El secreto del universo*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Kleinfield, J. (1994). Learning styles and culture. En Lonner, W. J y Malpass, R. (comp.). *Psychology and culture*. Boston, MA., EE.UU.: Allyn and Bacon. Citado en Rahnama, M. (2007).
- Koyré, A. (1977). *Estudios de historia del pensamiento científico*. México / Madrid / Buenos Aires / Bogotá: Siglo XXI Editores. (Ed. original 1973).
- Latouche, S. (1986). *Faut-il refuser le développement?* París: PUF.
- _____. (2006). *Le pari de la décroissance*. París: Ed. Fayard.
- Lawlord, R. (1991). *Voices of the first day. Awakening in the Aboriginal Daytime*. Rochester, VT, EE.UU.: Inner Traditions.
- Leroi-Gourhan, A. (1965). *Préhistoire de l'art occidental*. París: Lucien Mazenod.
- Liedloff, J. (1989). *The continuum concept*. Londres: Arkana.
- Lochouarn, M. (1993). De quoi mouraient les hommes primitifs. París: *Sciences et Avenir*, No. 553, Marzo de 1993, 44-7.
- Lommel, A. (sin fecha). El arte prehistórico y primitivo (en *El mundo del Arte—Las artes plásticas de sus orígenes a la actualidad*: Vol. I). Saõ Paulo, Brasil: Aggs Industrias Gráficas S.A.
- Maestros de Huainan (1992). *El Tao de la política*. Barcelona, España: Los Libros de la Liebre de Marzo.
- Malinowski, B. (1932). *The sexual life of savages*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Marcuse, H. (1972). *Counter-revolution and revolt*. Boston, MA: Beacon Press.
- Mead, M. (1960). *Coming of age in Samoa: A study of adolescence and sex in primitive society*. New York, NY: Mentor Books.
- Méda, D. (1999). *Qu'est ce que la richesse?* París: Flammarion.
- Mollat, M. (1978). *The poor in the Middle Ages. An essay in social history*. Yale, New Haven, EE.UU.. Citado en Rahnama (2007).
- Moore-Lappé, F. (1971). *Diet for a small planet*. New York, NY: Ballantine and Friends of the Earth.
- Moore-Lappé, F. & Collins, J (1977a). *Food first: Beyond the myth of scarcity*. New York, NY: Houghton Mifflin.
- _____. (1977b). Still hungry after all these years. San Francisco, CA: *Mother Jones Magazine*, August 1977.
- Moore-Lappé, F., Collins, J. y Rosset, P. con Esparza, L. (1998). *World hunger: 12 Myths*. London, UK: Earthscan Publications Ltd.
- Morin, E. (2002). *Pour une politique de civilisation*. París: Editions Arléa.
- Nader, R. y Abbots, J. A. (1977). *The menace of atomic energy*. Nueva York: Norton.

- Nettlau, M. (español 1933). *El anarquismo a través de los tiempos*. Madrid: La Piqueta.
- Popper, K. R. (1961). *The logic of scientific discovery*. New York, NY, EE.UU.: Science Editions, Inc. (ed. orig. 1959).
- Radford-Ruether, R. (1992). *Gaia & god: An ecofeminist theology of Earth healing*. Nueva York, NY: Harper San Francisco.
- Rahnema, M. (2007). Eradicating poverty or the poor? En Kumar, Corinne, *Asking, we Walk*, vol. I, pp. 22-31. Bangalore, Madhya Pradesh, India: Streelekha Publications [Publication Unit of CIEDS Collective].
- Robinson, J. (1962). *Economic philosophy*. Harmondsworth, Inglaterra: Pelican Books.
- Sahlins, M. (1974). *Stone age economics*. London: Tavistock Publications.
- Sancton, T. A. (1989). What on Earth are we doing? Nueva York, revista *Time*, 2-1-89.
- Savater, F. (1985). Pierre Clastres. En Clastres, P. (1985). La economía de la abundancia en la sociedad indivisa. México: suplemento a *Testimonios*, N° 4, Octubre de 1987 (reproducido de: Buenos Aires: ediciones Antropos, Suplemento a *Aletheya*, 6, 1985).
- Service, E. R. (1978). *Profiles in ethnology*. Nueva York, NY, EE.UU.: Harper & Row.
- Taylor, S. (2005). *The fall: The evidence for a golden age, 6,000 years of insanity, and the dawning of a new era*. Winchester, Reino Unido / Nueva York, NY, EE.UU.: The Bothy, John Hunt Publishing LTD., O Books.
- van der Dennen, J. M. G. (1995). *The origin of war: The evolution of a male-coalitional reproductive strategy*. Groningen, Holanda: Origin Press.
- Ventaka Ramanan, K. (1966). *Nagarjuna's philosophy*. Rutland, VT: Charles E. Tuttle, for the Harvard-Yenching Institute.
- Watts, A. W. (1959). *The wisdom of insecurity*. New York, NY: Pantheon Books.
- _____. (español 1971). *El gran mandala. Ensayos sobre la materialidad*. Barcelona, España: Kairós.
- Weisskopf, W. (1971). *Alienation and economics*. Nueva York, Dutton.
- Yapa, L. (1996). What causes poverty? A Postmodern View. En *Annals of the Association of American Geographers*. Citado en Rahnema, Majid (2007).
- Tsogyal, Y. (1979). *Le grand guru Padmasambhava. Histoire de ses existences* (trad. G.-C. Toussaint). (Versión anterior: *Le dicte de Padma*). Paris: Michel Allard.